

## Capítulo 2

### Juan escribe a los seguidores de Cristo

([índice](#))

**Apocalipsis 2:1:** Escribe al ángel de la iglesia en Éfeso: El que tiene las siete estrellas en su diestra, el que camina en medio de los siete candelabros de oro...

Recordemos que “siete” es un número que simboliza plenitud o perfección. Así, las siete iglesias representan a la iglesia en su totalidad. Representan a la iglesia a través de la historia, desde los días de los apóstoles hasta justo antes que Jesús regrese por segunda vez. Los siete mensajes se aplican a los siete períodos de la iglesia a lo largo de la historia.

Los “ángeles” de las siete iglesias son sus mensajeros: el liderazgo humano de la iglesia en cada período respectivo. Dios habla a su pueblo mediante sus pastores —ministros—, a quienes él ha llamado y comisionado.

La palabra “Éfeso” significa “deseable”. Es un nombre precioso para la iglesia de los apóstoles. Motivados por el amor de Cristo, los primeros creyentes de la iglesia del Nuevo Testamento llevaron las buenas nuevas de salvación a todo el mundo habitado en una sola generación (Colosenses 1:6 y 23). La cronología de la iglesia de Éfeso va aproximadamente desde el tiempo de Cristo hasta el año 100 de nuestra era.

**Apocalipsis 2:2-6:** Yo conozco tus obras, tu arduo trabajo y tu perseverancia, y que no puedes soportar a los malos; has probado a los que se dicen ser apóstoles y no lo son, y los has hallado mentirosos. Has sufrido, has sido perseverante, has trabajado

arduamente por amor de mi nombre y no has desmayado. Pero tengo contra ti que has dejado tu primer amor. Recuerda, por tanto, de dónde has caído; arrepíentete y haz las primeras obras, pues si no te arrepientes, pronto vendré a ti y quitaré tu candelabro de su lugar. Pero tienes esto: que aborreces las obras de los nicolaítas, las cuales yo también aborrezco.

Como estrella que brilla en el cielo oscuro, la historia de la temprana iglesia cristiana conmueve el corazón en todas las edades. Las buenas nuevas triunfaban en todo lugar. Su poder subyugaba corazones que habían sido rudos, orgullosos y amantes del mundo. No era necesario animar a los creyentes a que hicieran labor a favor de sus amigos y vecinos. El amor de Cristo los constreñía a hacerlo, y ellos no se resistían. Cada uno veía en su hermano un reflejo de la belleza de Cristo. Es como si una cadena de oro uniera sus corazones.

Pero se fue dando un cambio gradual. Muchos perdieron aquel primer amor. Comenzaron a olvidar lo que le costó al Señor nuestra salvación. La niebla y las nubes ocultaron la cruz, impidiendo que brillaran sus rayos. La iglesia perdió la propia idea básica de lo que es el amor de Cristo.

El motor del evangelio había sido el amor. De la misma forma en que un motor se detiene cuando se agota el carburante, se detuvo en aquellos creyentes tempranos el ministerio salvador de almas.

La palabra que Juan emplea para “amor” es *ágape*. Se lo puede comparar a la luz del sol, ya que incluye todo el espectro de colores de la verdad del evangelio. Aquel amor que la iglesia temprana del Nuevo Testamento había “dejado” era un concepto nuevo para el viejo mundo. Su origen no está en esta tierra, sino en el cielo.

Los griegos paganos creían haber descubierto el summum del amor cuando la bella Alcestris estuvo dispuesta a “morir por el [hombre] bueno”, que era su noble y apuesto, Admeto (según la tragedia griega que Eurípides escribió el año 438 antes de Cristo). Pero los apóstoles negaron que esa fuera la expresión del amor genuino: “Ciertamente, apenas morirá alguno por un justo; con todo, pudiera ser que alguien tuviera el valor de morir por el bueno [como Alcestris]. Pero Dios muestra su amor para con nosotros, en que siendo aún pecadores, Cristo murió por nosotros” (Romanos 5:7-8). Ese amor capaz de amar a los enemigos revolucionó el viejo mundo de entonces (ver Hechos 17:6).

El abandono de aquel “primer amor [ágape]” preparó el camino para la corrupción de la cristiandad. Fue como encender una vela en lugar de la luz del sol. Marcó el inicio de “la apostasía” que Pablo predijo (2 Tesalonicenses 2:3-7). El libro de Apocalipsis nos llevará a redescubrir ese amor ágape. ¿Podría haber algo más importante que recuperar aquello que perdió la iglesia primitiva del Nuevo Testamento?

Los nicolaítas eran un colectivo dentro de la iglesia. Pretendían ser discípulos de Nicolás, uno de los primeros siete diáconos (Hechos 6:5). No obstante, no hay evidencia de que él enseñara jamás las doctrinas erróneas que aquel colectivo sostenía. Enseñaban que era correcto y saludable sucumbir a la lujuria y a las malas pasiones. Eso negaba ciertamente el evangelio.

Juan fue inspirado a llevar mensajes de advertencia, reprensión y súplica a quienes, habiendo perdido de vista los principios fundamentales del evangelio, estaban poniendo en peligro su esperanza de salvación. Pero el mensaje de reproche que Dios ve necesario enviar se expresa siempre con dulce amor, y junto a la promesa de paz para todo creyente que se arrepienta.

**Apocalipsis 2:7:** El que tiene oído, oiga lo que el Espíritu dice a las iglesias. Al vencedor le daré a comer del árbol de la vida, que está en medio del paraíso de Dios.

Es posible tener oído y no escuchar ni oír. Una de las primeras lecciones que el niño debe aprender es la de prestar atención. Debido a la tendencia del ser humano a ser demasiado orgulloso como para pararse a oír, el Señor dice: “**Inclina tu oído, escucha las palabras de los sabios y aplica tu corazón a mi sabiduría**” (Proverbios 22:17). No hay mayor sabio que el propio Jesús, “**el testigo fiel y verdadero**” (Apocalipsis 3:14). “**Mejor es oír la reprensión del sabio que la canción de los necios**” (Eclesiastés 7:5).

Génesis nos dice que el árbol de la vida estaba en el jardín del Edén. Comer su fruto significaba vivir para siempre. Cuando nuestros primeros padres pecaron fueron expulsados del jardín a fin de que no comieran el fruto y vivieran por siempre en la miseria, infelicidad, remordimiento y desesperación que el pecado conlleva. Al final de los mil años de los que habla Apocalipsis 20, el árbol de la vida volverá a estar en la “**tierra nueva**” (Apocalipsis 21:1), “**que produce doce frutos ... y las hojas del árbol [son] para la sanidad de las naciones**” (Apocalipsis 22:2).

¿Qué significa ser “**vencedor**”? ¿Se espera que nos impliquemos en una batalla?

Si te encuentras en tu camino con una serpiente venenosa que te amenaza, seguramente no dirás: ‘No quiero implicarme en ningún conflicto. No haré nada y permaneceré neutral’. Serás sabio si ahuyentas o destruyes a la serpiente al comprender que, de no emprender alguna acción, la serpiente te matará a ti o a algún otro.

Jesús no nos invita a pelear la batalla de algún otro, sino nuestra propia batalla. El pecado es mucho peor que una serpiente

venenosa, ya que mata eternamente. Por lo tanto, todo el que haya apreciado lo que Cristo hizo por él en la cruz, se unirá a la batalla y vencerá al pecado en su propia vida. Sea cual sea tu problema, recuerda que Jesús vivió esa misma lucha que tú has de pelear. No se te pide que hagas algo que Jesús no haya hecho ya, puesto que te invita a vencer **“así como yo he vencido”** (Apocalipsis 3:21). ¡Aferrándote a él, no puedes fracasar!

**Apocalipsis 2:8-11:** Escribe al ángel de la iglesia en Esmirna: El primero y el postrero, el que estuvo muerto y vivió, dice esto: Yo conozco tus obras, tu tribulación, tu pobreza (aunque eres rico) y la blasfemia de los que dicen ser judíos y no lo son, sino que son sinagoga de Satanás. No temas lo que has de padecer. El diablo echará a algunos de vosotros en la cárcel para que seáis probados, y tendréis tribulación por diez días. ¡Sé fiel hasta la muerte y yo te daré la corona de la vida! El que tiene oído, oiga lo que el Espíritu dice a las iglesias. El vencedor no sufrirá daño de la segunda muerte.

“Esmirna” significa perfumada, olor fragante. Este segundo período de la iglesia estuvo caracterizado por la persecución y el sufrimiento. Va aproximadamente desde el año 100 hasta el 313 de nuestra era.

Dios no se alegra al ver a su pueblo sufriendo, pero la fidelidad y lealtad de sus hijos sometidos a la prueba honra el nombre del Salvador que murió por ellos. En su mayoría, los primeros cristianos eran pobres. Santiago les escribió: **“¿No ha elegido Dios a los pobres de este mundo, para que sean ricos en fe y herederos del reino que ha prometido a los que lo aman?”** (Santiago 2:5).

Una de las pruebas más severas era la existencia de falsos hermanos. Los **“judíos”** fingidos que se citan, eran miembros que

profesaban seguir a Cristo, pero en realidad se amaban a sí mismos y al mundo. Esos hermanos faltos de conversión y de sinceridad eran una fuente de problemas para quienes habían escogido en verdad seguir los pasos de Cristo. Procuraban continuamente traer creencias y costumbres paganas para corromper la fe.

Los “diez días” de tribulación son un período profético en el que cada día representa un año (Números 14:34 y Ezequiel 4:6: “Día por año te lo he dado”). La última y más sangrienta persecución pagana tuvo lugar bajo el emperador Diocleciano entre los años 303 y 313 de nuestra era. Esos diez años fueron un cumplimiento sorprendente de esos “diez días” de tiempo profético.

Quienes mueren por su fe en Cristo no tienen nada que temer. El Señor les dará “la corona de la vida” cuando Cristo regrese en su segunda venida. Entonces descenderá del cielo con las nubes, y los muertos en Cristo resucitarán (2 Timoteo 4:8 y 1 Tesalonicenses 4:16-17). También en nuestros días algunos de entre el pueblo de Dios pueden sufrir la muerte. Los tales no han de temer, sino confiar en la promesa divina.

Nada hay que temer de la “primera muerte”, que no es más que un “sueño”. “No temáis a los que matan el cuerpo, pero el alma no pueden matar” (Mateo 10:28). La “segunda muerte” es la que se debe temer, ya que es eterna y sin esperanza. No hay resurrección de ella. La “segunda muerte” es la destrucción final de los impíos al final de los “mil años” (Apocalipsis 20).

**Apocalipsis 2:12-17:** Escribe al ángel de la iglesia en Pérgamo: El que tiene la espada aguda de dos filos dice esto: Yo conozco tus obras y dónde habitas: donde está el trono de Satanás. Pero retienes mi nombre y no has negado mi fe ni aun en los días en que Antipas, mi testigo fiel, fue muerto entre vosotros, donde habita

Satanás. Pero tengo unas pocas cosas contra ti: que tienes ahí a los que retienen la doctrina de Balaam, que enseñaba a Balac a poner tropiezo ante los hijos de Israel, a comer de cosas sacrificadas a los ídolos y a cometer fornicación. Y también tienes a los que retienen la doctrina de los nicolaítas, la que yo aborrezco. Por tanto, arrepiéntete, pues si no, vendré pronto hasta ti y pelearé contra ellos con la espada de mi boca. El que tiene oído, oiga lo que el Espíritu dice a las iglesias. Al vencedor le daré de comer del maná escondido, y le daré una piedrecita blanca y en la piedrecita un nombre nuevo escrito, el cual nadie conoce sino el que lo recibe.

“Pérgamo” significa “lugar elevado”. La ciudad de Pérgamo estaba edificada sobre una colina rocosa situada unos 300 metros más elevada que el valle. La iglesia, desde el año 313 al 538, era muy exaltada respecto al mundo. Era muy obvio que la religión de Jesús era lo que el mundo necesitaba, y eso favorecía que hubiera muchos conversos. Por aquel tiempo la persecución prácticamente había cesado, y hasta el propio emperador Constantino profesaba ser cristiano. Honrada y alabada por el mundo, la iglesia entró en un tiempo de gran peligro. Satanás no había podido destruir la iglesia mediante la persecución. Ahora comenzaba a corromper su fe desde el interior.

“El trono de Satanás” es el lugar especial desde el que obra. Durante aquel período, “el misterio de iniquidad” (2 Tesalonicenses 2:7) estaba ocupado en descarriar a la iglesia, y Satanás estaba poniendo el fundamento para la gran apostasía de la verdad.

La historia no nos habla de ningún personaje llamado “Antipas”, pero se entiende que ese nombre representa a un colectivo dentro de la iglesia, donde hermanos perdieron sus vidas por defender la verdad de Dios en contra de la arrogancia emergente de los papas romanos. “Anti” significa opuesto, contrario, y “pas” significa padre

o papa. Así, “Antipas” representa a quienes se opusieron al poder emergente y pretensiones del papado. ¡Cristo elogió a Antipas!

Pero otros negaron conscientemente a Dios a fin de obtener las ventajas de la riqueza y honores mundanos tal como hizo Balaam cuando se proponía maldecir a Israel a cambio de una buena paga (Números 22-25).

De forma casi imperceptible las costumbres paganas fueron encontrando su lugar en la iglesia cristiana. Habiendo cesado la persecución, la cristiandad entró en las cortes y palacios; la iglesia abandonó la humilde sencillez de Cristo y sus apóstoles en favor de la pompa y el orgullo de los sacerdotes y gobernantes paganos, y sustituyó los requerimientos de Dios por las teorías y tradiciones humanas. La conversión nominal de Constantino, a principios del siglo cuarto, se recibió con alegría; y el mundo, disfrazado con una apariencia de justicia, se introdujo en la iglesia. Ese compromiso entre el paganismo y el cristianismo dio por resultado el desarrollo del “hombre de pecado” (2 Tesalonicenses 2:3) que la profecía predijo que se opondría a Dios y se ensalzaría sobre Dios. A fin de asegurarse ganancias y honores, la iglesia procuró el favor y apoyo de los grandes de la tierra, y habiendo rechazado de esa manera a Cristo, debió rendir su lealtad al representante de Satanás: el obispo de Roma.

**Apocalipsis 2:18-23:** Escribe al ángel de la iglesia en Tiatira: El Hijo de Dios, el que tiene ojos como llama de fuego y pies semejantes al bronce pulido, dice esto: Yo conozco tus obras, tu amor, tu fe, tu servicio, tu perseverancia y que tus obras postreras son superiores a las primeras. Pero tengo contra ti que toleras que esa mujer Jezabel, que se dice profetisa, enseñe y seduzca a mis siervos para fornicar y para comer cosas sacrificadas a los ídolos. Yo le he dado tiempo para que se arrepienta, pero no quiere arrepentirse de su



fornicación. Por tanto, yo la arrojo en cama; y en gran tribulación a los que adulteran con ella si no se arrepienten de las obras de ella. A sus hijos heriré de muerte, y todas las iglesias sabrán que yo soy el que escudriña la mente y el corazón. Os daré a cada uno según vuestras obras.

Durante los largos siglos de la Edad Media Dios siguió teniendo un pueblo que le permaneció leal, por más presionado que estuviera debido a la persecución y el odio del mundo. Tiatira significa “sacrificio de contrición”. Dios jamás la olvidó, aunque al ojo humano pudiera parecerle así.

De igual forma en que Antipas no se refiere a un individuo sino a un grupo de personas, “Jezabel” es el nombre mediante el cual Dios se refirió a un colectivo cuyas creencias y carácter reflejaban el de la reina pagana del mismo nombre en la historia del antiguo Israel.

Jezabel fue una profetisa del dios pagano Baal, quien hizo todo lo que pudo para seducir al pueblo de Dios de los días de Elías. Dios nunca llamó a Jezabel a aquella obra. Acab se casó con ella y la trajo a fin de seducir a Israel. Además de desviar a muchos de ellos, persiguió amargamente a los pocos israelitas que permanecieron fieles a Dios (1 Reyes 18:13; 19:2; 21:7-14).

Resulta difícil acusar al pueblo de Dios de la Edad Media de ser tolerante en permitir que la apostasía romana de “Jezabel” enseñara y sedujera —aun en la mínima medida— a los siervos de Dios. Los registros de la historia no nos informan de tal cosa, pero Jesús reprendió a su iglesia de la Edad Media por tolerarla en alguna medida.

Jamás transijas lo más mínimo en tu compromiso con el Señor, ni cedas a los intentos del enemigo por desanimarte. Dios va a

castigar a “Jezabel” y va a honrar a quienes hayan soportado la prueba y el sufrimiento por su causa.

**Apocalipsis 2:24-29:** Pero a los demás que están en Tiatira, a cuantos no tienen esa doctrina y no han conocido lo que ellos llaman “las profundidades de Satanás”, yo os digo: No os impongo otra carga; pero lo que tenéis, retenedlo hasta que yo venga. Al vencedor que guarde mis obras hasta el fin, yo le daré autoridad sobre las naciones; las regiré con vara de hierro y serán quebradas como un vaso de alfarero; como yo también la he recibido de mi Padre. Y le daré la estrella de la mañana. El que tiene oído, oiga lo que el Espíritu dice a las iglesias.

No a los exaltados de la tierra, sino a los humildes, se les dará “autoridad sobre las naciones” en ocasión de la segunda venida de Cristo. Mientras que algunos recurren a las armas para obtener poder en este mundo de pecado, los hijos de Dios someten incluso sus propias vidas por causa de Cristo. Tienen la valentía de seguir las pisadas de quien fue “manso y humilde de corazón” (Mateo 11:29).

¡Serán recompensados! Las “naciones” que los han despreciado se postrarán ante ellos, quienes entonces las regirán “con vara de hierro” en el juicio. Veremos más sobre el particular en Apocalipsis 20:4.